

adormece la Virgen entre los brazos de su Amado, su triunfo no puede ser mas brillante. No la intimidó el aspecto horrible de la muerte, y sus desapiadados golpes no llegaron á maltratarla. La cama en que yace tendida, se ha convertido en un trono de gloria, y el eclipse momentáneo de su vida ha sido el anuncio de sus grandezas; el sepulcro, en que con veneracion se deposita este su sagrado cuerpo, las publicará de un modo el mas solemne; y en el centro mismo de su oscuridad se oirán las voces de su magnificencia y grandeza.

Porque ¿cómo es posible imaginar, señores, que su hijo amantísimo Jesus, en cuyas manos habia puesto el Padre todo el poder, no quisiese distinguir al cuerpo de su madre en el sepulcro con aquel honor singularísimo que concedió al suyo, cuando estuvo sepultado este mismo por espacio de tres dias? La sangre, señores, que circulaba en las venas de Jesus, era la sangre que corria por las venas de María, y la carne y los huesos de Jesus eran la carne y los huesos de María. ¿Cómo pues no señalaria al sepulcro de su madre con el timbre magnífico de glorioso, cuando así habia llamado al de su Hijo el profeta? Ó dulce Jesus mio! ¿no es por ventura el vientre virginal de esta Señora donde fuisteis engendrado y reposasteis por espacio de nueve meses? ¿no son estos los brazos que os fajaron y colocaron en un pesebre? ¿no son estos los pechos virginales que os alimentaron en vuestra infancia? ¿no son estas las manos que enjugaron tantas veces el sudor de vuestro rostro? no son estos los labios que imprimieron en vuestras mejillas repetidos besos de amor? y no son estos los piés que os salvaron? Pues ¿cómo, Señor, habiendo sabido salvar á los tres niños y á sus vestidos del fuego voraz del horno de Babilonia, consentiréis, que los miembros del cuerpo santísimo de vuestra madre queden expuestos á los ultrajes ignominiosos de la muerte, y sean presa de los gusanos y de la podre? Ah! no, mis caros oyentes! Este obsequio le debia Jesus á su omnipotencia, al cariño que profesaba á su madre y al honor de su divina Majestad.

## SERMON

DE LA

### ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

(DE GONZÁLEZ.)

*Beata, quæ credidisti.*

Bienaventurada tú que creíste.

*S. Lucas, c. 1. v. 45.*

Siendo fuera de toda duda que el Señor se complace de ser honrado en sus santos, y que por su medio gusta de franquearnos los inmensos tesoros de su infinito poder, cada pueblo y cada particular se ha elegido uno ó mas santos, á quienes llama con razon sus ángeles tutelares, sus defensores y sus abogados; y si fuera posible medir los grados de gloria que disfruta cada uno de ellos, creo que todos elegiríamos al que mas sobresaliera entre los otros. Por tanto, fundados en que la cualidad de madre de Dios es el título mas honorífico para una criatura, y que atendida la sabiduría y providencia del Señor, no es creíble que dejara de adornar con las prerogativas mas singulares á la que escogió entre todas las vírgenes para madre de su Unigénito, todos los pueblos y todos los cristianos desean con ansia estar colocados bajo la tutela y amparo de María.

Pero inútil es que busquemos su patrocinio, si no procuramos al mismo tiempo imitar sus principales virtudes, su heroica humildad, su perfecta pureza, su caridad fervorosa, y sobre todo su imponderable fe, la que particularmente me propongo inculcaros hoy, porque si creéis como María, como María gozaréis.

Plugiuese á Dios no fuera tan necesario hablar á los cristianos de la necesidad de esta virtud; mas ay! que ya la mayor parte no conservan sino el nombre, la apariencia ó exterior de católicos, siendo infieles en su corazon!

Ó Dios omnipotente! no permitáis que tan inmensa desgracia comprenda á alguna de mis ovejas, ni de mis oyentes: habládes al corazon por mis indignos labios, y hacéd que os oigan atenta y provechosamente. Pedid á vuestro querido Hijo esta gracia, madre amorosísima, por el inmenso gozo que recibisteis en este dia; pedídsela para todos, y principalmente para los que al presente recurren ansiosos al amparo de vuestra proteccion, diciéndoos humildes *Ave María*.

Qué sacrificio tan grande exige de los hombres el Criador! El testimonio de nuestros propios ojos, el de nuestros oídos, el de nuestras manos, el de nuestra razon misma debe ceder al solo testimonio de su palabra. Es necesario que el hombre crea lo que no ve, lo que no pudiera sospechar, lo que le es imposible comprender, y lo que su razon juzga del todo increíble, y debe creerlo precisamente porque Dios lo ha dicho. Soberbios incrédulos, en hablando el Eterno es necesario acallar los gritos de vuestra débil razon. Figuráos mil contradicciones; ponderád las dificultades, insuperables á vuestros entendimientos; declamádm furiosamente contra la incomprensible oscuridad y aparente repugnancia de nuestros misterios: Dios habló, y es necesario creerle, porque es absoluta y evidentemente imposible que no diga verdad. Por lo mismo que son oscuras y muy superiores á nuestro conocimiento las verdades que se ha servido revelarnos, es en su presencia tan apreciable el mérito de nuestra fe. Por eso, dice el Apóstol (1), le fué tan agradable, y remuneró con tan crecidos premios la fe de Abel, de Enoc, de Noé, de Abraham, de Moises, de todos los patriarcas, porque, como expresamente lo dice de Abraham, creyó contra lo que la razon dictaba, y esperó contra todo lo que razonablemente pudiera esperar. ¿Qué será pues justo que digamos de la fe de aquella virgen, cuya virtud aventajó tan incomparablemente la de todos los patriarcas, de todos los profetas y de todos los justos; de

(1) *Hebr. c. 11.*

aquella Virgen, á quien por excelencia llama la Iglesia Reina de todos ellos? La fe de Abraham particularmente recomendada en los Libros santos como la mas heroica y excelente, ¿qué tiene que ver, ni cuándo podrá compararse con la fe de María?

Habia prometido el Señor á aquel patriarca una descendencia tan numerosa, que igualaria en su número á las estrellas del cielo, y no teniendo mas que un hijo, recibe orden de sacrificarle, y se determina á ejecutarlo, sin dudar por eso de la verdad de aquellas promesas. Pero nada se halla en esto de repugnante; ningun imposible descubre la razon humana, pues es evidente, como dice san Agustin, y no ignoraba Abraham, que el Dios, que pudo formar á Isaac en el vientre de una mujer estéril, podia igualmente resucitarle despues de muerto para dar cumplimiento á sus promesas. Mas ¿qué apariencia tiene de verdad el que una madre sea virgen? ¿Cómo es posible que la razon humana llegue á persuadirse que una criatura pueda ser madre de su Criador? este eterno, aquella nacida en tiempo? ¿el Hijo infinito, inmortal, inmenso, omnipotente, Dios, y la madre débil, perecedera, pobre, mortal, una mujer destituida de todo? ¿Á quién se hará creíble que nazca en tiempo el Eterno por naturaleza, que padezca el que es impassible por esencia, que muera el que es inmortal, que la infinita grandeza se humille hasta lo sumo, que Dios se haga hombre? Todos los cristianos, me diréis, creemos y confesamos todas estas verdades. Pero cuándo? Despues que hemos visto á Jesucristo obrar los prodigios mas estupendos; cuando le hemos visto dar voz á los mudos, vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los paralíticos y vida á los muertos; cuando le hemos visto lanzar los demonios, ejercer un imperio absoluto sobre toda la naturaleza, y lo que es mas asombroso, resucitarse á sí mismo á los tres dias despues de muerto. Nosotros creemos, cuando Jesucristo nos ha evidenciado su divinidad con unas pruebas tan claras, que es necesario dejar de ser racional, para no ser convencido de ellas; pero María creyó, cuando faltaban estos motivos; María creyó sin otras pruebas que las breves palabras de un mensajero desconocido; María creyó ciegamente, sin oponer al testimonio del Señor la oscuridad de los misterios; sin parar su consideracion en la repugnancia de lo que se la anuncia, con la razon que no puede comprenderlo, y sin necesitar de pruebas que la convenzan de que es Dios el que habla por

boca de Gabriel. Asiente con toda firmeza á sus palabras; cree el misterio, mejor aún que su propia existencia.

Y habiendo sido su fe tan heroica ántes del nacimiento del Mesías, ¿cuál os parece que sería despues de las relevantes pruebas que le dió este de su divinidad? ¿cuál sería despues que vió desaparecer milagrosamente las fundadas sospechas de su amado José? ¿cuál sería despues que vió las extraordinarias maravillas, que obró su presencia en casa del sacerdote Zacarías? ¿cuál sería despues que vió el parto de Isabel, exento del dolor que acarreó á todas las madres el pecado de la primera? ¿despues que vió en el pobre lugar de su albergue reunidos los piadosos pastores, los religiosos reyes del Oriente, y los ángeles felices de la gloria? ¿despues que vió la nueva estrella, con que el cielo quiso manifestar la divinidad de su Hijo en el instante de su nacimiento?

Ah! felices compañeros de su vida, ángeles dichosos, que tantas veces le fuisteis enviados con embajadas del Señor, decidnos, ¿dudó alguna vez de la verdad de vuestras palabras? ¿se detuvo jamas un solo momento en poner en ejecucion las órdenes que le comunicasteis? ¿opuso alguna razon para evadirse de los peligros á que la exponia su obediencia? ¿No salió para su dichoso parto de su casa, de su pueblo, de su parentela? ¿no dió á luz á su Hijo en medio de la Judea, donde apenas nace, cuando le persiguen de muerte con el furor mas desapiadado? ¿no le presentó en el templo, como si fuera puro hombre, y ella se purificó, como si hubiera contraído alguna inmundicia? ¿No caminó para el Egipto, luego que se le ordenó, buscando la libertad y la vida de su Amado en una region desconocida, en la que no tiene mas amparo que la compañía y el trabajo de su pobre esposo? ¿Se detuvo en volver á Jerusalem, por haberle anunciado el santo Simeon la desgracia que allí le estaba preparada? ¿dudó del poder y voluntad que su Hijo tenia de socorrer la necesidad en que se hallaban los novios cananeos, por la aspereza aparente con que le respondió al pedir por ellos? ¿Dudó, para no cansarnos, de la divinidad de su amado Jesus, viéndole preso, escarnecido, atormentado y muerto? le vendió como Júdas? le negó como Pedro? le desamparó como los demas apóstoles?

Ah! mujer fuerte, justamente ponderada por Salomon! tu valor será siempre una especie de oprobio é ignominia para los

cobardes é infieles discípulos: tú acompañas á Jesus desamparado por ellos; tú, sin que la delicadeza del sexo lo impida, sin que la ternura materna te separe, permaneces constante al pié de la cruz, en que está clavado el mas dulce objeto de tu amor; y ellos no pueden sufrir su presencia. Mas no es extraño, pues tú le amas con todo tu corazon; tú le amas sobre todas las cosas por su bondad misma, y ellos solo por sus intereses particulares; tú le amas, porque crees en sus palabras, á pesar de cuantos obstáculos pueda oponer á tu fe el mundo entero; porque crees con una fe viva, firme y segura, y ellos no tienen más aún que una fe tibia, vacilante y expuesta. *O mil y mil veces dichosa!* repetiré siempre lleno de entusiasmo con tu santa prima: *mil veces dichosa, porque así creíste!* pues tu fe ha hecho que se verifique en ti el lleno, el compendio, lo sumo de todas las promesas del Señor. *Dichosa, porque creíste!* pues cuanto ha sido tu fe mas excelente, mas viva, mas eficaz que la de los apóstoles, que la de los profetas, que la de los patriarcas, que la de todos los santos, tanto es mas sublime tu gloria. *Dichosa, porque creíste!* pues que tu fe te hizo elegir verdaderamente la suerte mejor, la mas apetecible, la mas dichosa, que es imposible te falte por toda una eternidad.

Sí, la mejor: lo que en otro objeto sería reprehensible y supersticioso, es sin duda hablando de María justo y meritorio. Á María cupo en suerte, ó para decirlo mejor con las palabras mismas del Evangelio, María escogió una gloria mas grande, mas sublime, mas consumada que todos los demas justos: si exceptuamos á Jesucristo, ninguno ha tenido la dicha de ser en cuerpo y alma trasladado al reino de la gloria. Por grandes que hayan sido sus méritos, por excelentes que fueran sus virtudes, yacen sus cuerpos en la hediondez del sepulcro, esperando para ser felices, la segunda venida de Jesucristo, como los santos patriarcas esperaban en el seno de Abraham la primera; para sola María estaba reservado el privilegio, sin esperar á la resurreccion universal, de que su cuerpo santísimo no viese la corrupcion y participase de la gloria del alma, colocado en el trono magnífico correspondiente á la dignidad excelsa de emperatriz soberana de los cielos, sobre los apóstoles, sobre los mártires, sobre los profetas, sobre los patriarcas, sobre los ángeles, sobre los tronos, sobre los serafines, sobre todos los bienaventurados.

*Dichosa, porque creiste!* pues por haber creído mas firme, mas viva, mas seguramente que todos, dice san Ambrosio, por eso recibes en este dia el fruto mas copioso, mas grande, mas excelente que todos. *Dichosa, porque creiste!* pues por haber creído con tan viva fe las palabras del Señor, dice san Agustin con el evangelista, eres hoy mas feliz y llena de gloria, que por haber concebido en tu casto seno al mismo Hijo de Dios. *Dichosa, porque creiste!* y dichosos los cristianos imitadores de tu fe, porque serán así mismo compañeros de tu gloria.

*Bienaventurados*, dice Jesucristo en el Evangelio (1), *los que sin haberme visto, han creído en mis palabras*: el que crea en mí, el que se halle animado de mi fe, seguramente será salvo (2). Por eso la Iglesia, al recibirnos en su seno, animada del mismo espíritu que su Fundador, nos dice que la fe que entónces adquirimos, nos lleva seguramente á la vida eterna. Mas ay! que neciamente confiados la mayor parte de los cristianos en la mala inteligencia de estas expresiones, con una fe falaz se van preparando una condenacion verdadera. Persuadidos á que basta creer para salvarse, no cuidan de hacer buenas obras; y sin ellas seguramente se pierden, pues la fe sin obras es falsa, es inútil, es muerta (3), ó por mejor decir, no tiene fe el cristiano que no procura huir el pecado y hacer buenas obras. Dejemos á un lado nuestras palabras, y examinando la conducta de los pecadores, veamos qué es lo que creen, y por qué lo creen. Creen que Dios es benéfico, liberal, misericordioso, salvador, glorificador; que dió su vida en una cruz por librarnos del pecado y del infierno, por volvernos á su amistad y merecernos su gloria; mas no creen que es justo, celoso de su honra, vengador de sus injurias, severo en sus juicios, terrible en sus castigos; no creen que tiene un infierno eterno destinado para castigar al pecador; que no perdona los pecados sin una verdadera penitencia, ni la pena merecida por ellos sin una condigna y proporcionada satisfaccion: creen, en una palabra, lo que les dicta su interes, su amor propio, su pasion; y no lo que les dicta y enseña la santa Religion revelada por Jesucristo: creen á su gusto, á su antojo; no á la palabra de Dios y de su Iglesia. Y siendo uno mismo el fundamento de nuestra esperanza y el de

(1) *Joann. c. 20. v. 29.* (2) *Marc. c. 16. v. 16. Joann. c. 3. v. 15. et 16.*  
 (3) *Jacob. c. 2. v. 17. et 20.*

nuestra fe, ¿cómo tiene la presuncion de esperar en Dios el que no cree con una fe viva en su verdad? Esperaron los mártires en el Dios en que creían; esperaron los confesores; esperaron las vírgenes; y como creían seguramente lo mismo que esperaban, como prácticamente creyesen tan infinita la verdad como la bondad de su Dios; no fué estéril su creencia, su esperanza no fué vana. Creyó María, como habéis visto, con mas firmeza, con mas humildad, con mas eficacia que todos los demas fieles, y su fe le mereció una gloria mas sublime, una corona mas exquisita, un imperio soberano sobre todos los ángeles y los hombres felices habitantes del cielo. Mas como nosotros no creemos con una viva fe en las palabras del Señor, ó no recurrimos, ó lo hacemos enteramente desconfiados de conseguir el socorro en nuestras necesidades. Así sucede que nuestras oraciones no son oídas, nuestros ruegos son despreciados; que siguen los males; que las calamidades van en aumento, y el pueblo, que se llama cristiano, es el mas despreciado, el mas abatido, el mas odiado del Señor. ¡Ojalá que una triste experiencia no demostrara la verdad que os anuncio, penetrado del mas vivo sentimiento! Ay! pues el peso enorme de la mano con que nos ha castigado la justicia del Señor, no ha sido bastante á desengañarnos, ¡cuánto es de temer que ya no se abrirán nuestros ojos al desengaño, sino en la eternidad de los tormentos que nos ha merecido nuestra locura!

No lo permitáis, Emperatriz soberana de la gloria. Mirád en los cristianos que me oyen, alguna parte de la viva fe de los antiguos fieles. Por grande que sea su tribulacion, no se olvidan de adorar á vuestro Hijo, honrar vuestra memoria y celebrar el solemne triunfo que conseguisteis en este dia. Aumentádles la verdadera devocion; alcanzádles un rayo clarísimo de luz que los desengañe; la gracia de que crean las sublimes verdades de la fe; que obren conforme á su creencia, y que reciban un dia á vuestro lado el justo premio de sus virtudes. Amen.